
Editorial

“SÉ QUE debo ser santo
porque la orilla tiembla
cuando paso del hoy al mañana
sin desprenderme de lo mío augusto:
el saco infatigable de la nada.”

Los dos puntos con que termina la cuarta línea de esta estancia, la número 43 del *Canto de la Locura*, indican claramente que lo que es *augusto* en el poeta es *el saco infatigable de la nada*. ¡Qué locura! Pero esto es lo que reza el verso... Yo, Francisco, soy, con toda la Creación, ese *enorme quetzal de la nada* que he mencionado al comenzar el canto de la locura. De por sí, a pesar de su enormidad, y de ser como el más numinoso de todo lo que vuela, este quetzal es *pobre de rocío*. Yo, en la *orilla*, empiezo a trascender el espacio, en el *mañana* me inicio en la trascendencia del tiempo, pero el *saco de la nada* me sigue acompañando. Mas si puedo cantar es porque, desde ya, ese rocío que es el *Espíritu* me tiene ya *transido* hasta los huesos. Es un hecho de *ahora*. En este sentido, ya estoy, sin embargo, del otro lado, que esto también se entiende al decir *trans-ido*. Toda la belleza que admiro en este mundo: la calandria, el mar, el ala de los ruiseñores, es, no obstante, como *el pasmo redondo de lo lleno*. Y yo quiero estar vacío para poder llenarme de una *danza más invitante* aun, porque más esplendoroso que todo esto es la *esperanza* (estancia 46). Contraponer la preciosa libertad del humano – privilegio supremo – frente a esto otro que viene cuando soy santo, es confundir la *voluntad* con la *desidia libre* (estancia 47). El Amor es la interpenetración de las voluntades. La revelación de esta inmensa verdad viene en la estancia 48: ¡DIOS ES LA LOCURA!

Quizás mucha de la grandeza de esta visión se colige del hecho de notar en ella la igual maestría con la que el vate logra recoger en su poesía toda la esplendorosa grandeza y la filigranesca sutileza del “mundo de acá” sin perder de vista “otro” mundo, cuya *otredad* está paradójicamente “presentizada” en la experiencia actual de la interioridad del yo, evitando así la más aguda crítica hodierna a la asediada trascendencia.

Hemos querido empezar este homenaje a don Francisco Matos Paoli en este año dos mil quince, centenario de su nacimiento, citando estos versos esenciales a la cabeza de la sección dedicada a conmemorar su vida y solvencia como inmenso poeta. La pista para esta pincelada nos la dio otro maestro, el Dr. Javier Ciordia Muguerza, a quien don Paco mismo llama “exégeta por antonomasia de mi obra poética”. A él le debemos en CEIBA, además de la primera sugerencia para este homenaje, la contribución con el primer ensayo en que comparte sus vivencias personales con don Francisco, e igualmente la generosidad con la que nos abrió su archivo de inapreciables documentos, que ahora engalanan nuestras páginas, y su casa para charlas enriquecedoras. Nada más natural que unir un homenaje a nuestro antiguo compañero y permanente inspirador al homenaje al poeta puertorriqueño que él más distingue.

Igualmente tenemos una deuda inmensa con las dos personas más queridas del matrimonio Matos Freire: sus hijas Susana Isabel y María Soledad Matos Freire, quienes con la más graciosa generosidad y espontánea reacción nos dieron toda libertad para ofrecer al público lo que es y sigue siendo, cuanto más conocido, preciado tesoro suyo.

Y puesto que de agradecimiento se trata, dejamos constancia del nuestro al incluir en ello a nuestros dos precedentes editores, la Dra. Luz Ivette Martínez Santiago por más de diez años, y el Profesor Federico Irizarry Natal, quien con solidaridad ejemplar dirigió la Revista el año que antecede al actual. Ellos han mantenido el edificio en que hemos podido albergar los sólidos e interesantes escritos que ofrecemos a su apreciación y disfrute.

La Junta Editorial

Trasfondo del índice: "El canto de los pájaros, música Pablo Casals (Intaglio sobre cobre y tinta)
Ana Cristina Collazo